

## El dilema: Acción y estructura. Una visión desde Jeffrey Alexander y Anthony Giddens

Miguel Ángel Beltrán

**E**l problema de la relación entre el actor y la estructura, constituye una de las cuestiones centrales de la teoría social moderna. Dicho problema nos remite a la pregunta acerca de si ¿Somos actores que consciente y creativamente reproducimos y transformamos las estructuras sociales o, por el contrario, nuestras acciones son, en gran parte, el resultado de fuerzas anónimas que escapan a nuestro control? (Giddens: 1998, p. 714). Las diferentes maneras como se ha dado respuesta a este dilema teórico, cuentan con una larga tradición que se remonta a los orígenes mismos del pensamiento sociológico y que ha llevado a los sociólogos a alinearse en dos tipos de enfoques:

Por un lado, los que priorizan el concepto de acción y pretenden explicar los fenómenos colectivos, partiendo de la volición individual. Esta perspectiva —que se desenvuelve en un plano contingente y procesual— tiene como protagonistas a hombres y mujeres de carne y hueso, que actúan con una autonomía propia, movidos por intereses, sentimientos o pasiones, donde las estructuras sociales sólo son cristalizaciones de acciones individuales. En esta tradición de pensamiento se desenvuelve una variada gama de matices, que suelen ser referenciados como accionalistas, individualistas, subjetivistas o voluntaristas.

Por otro lado, los que enfatizan el concepto de estructura y otorgan prioridad a fuerzas sociales que constriñen la acción humana y escapan al control del actor. Los protagonistas de este enfoque son por lo general fuerzas sociales abstractas —sean económicas, culturales, demográficas, biológicas o físicas— que determinan el curso de acción de los agentes. Las personas, al ocupar un lugar en el modo de producción, en las clases sociales, en los mercados de trabajo, en los partidos políticos, quedan relegadas a ser simples portadoras pasivas de fuerzas ajenas a sus conciencias y voluntades. Este enfoque comúnmente es definido como: sistémico, colectivista, estructuralista u holístico.

Cabe anotar que la relación actor/estructura suele ser tematizada también, a través de la reflexión sociológica en torno a «lo micro» y «lo macro», y aunque existen particularidades en cuanto al abordaje de una u otra cuestión, resulta un lugar aceptado aludir a los enfoques «micro», como teorías centradas en el actor consciente y creativo, los individuos, las subjetividades y las acciones sociales, en tanto que los enfoques «macro» se ocuparían de las grandes estructuras sociales y de los dominios institucionales. No sin razón afirma el sociólogo norteamericano Jeffrey Alexander que: “el esfuerzo de cerrar la brecha micro/macro es pues un afán de relacionar la acción individual y la interacción con la teorización sobre la estructura social” (Alexander: 1992, p. 297)<sup>1</sup>.

Más allá de cómo enunciamos este debate, interesa subrayar que a través de la historia del pensamiento sociológico, este vínculo actor-estructura ha sido estudiado desde diversos paradigmas de manera muy diferente, siendo posible hacer un rastreo de él en los clásicos de la sociología, de quienes puede decirse adoptan posturas estructuralistas o individualistas, según le atribuyan mayor importancia a las estructuras sociales o a la acción de los individuos en tanto variables explicativas del orden o el cambio.

Ya el padre fundador de la Sociología, Augusto Comte, se refería a este dilema teórico, definiéndolo como el «gran dogma sociológico». Para el filósofo francés “(Esta relación) no es, en el fondo, más que el pleno desarrollo de la noción fundamentalmente elaborada por la verdadera biología sobre la subordinación necesaria del organismo respecto al medio” (Comte: 1979, p. 98). De una manera más compleja y ambigua, otro de los gestores de la sociología, el inglés Herbert Spencer ofrecía una visión individualista de la sociedad donde la naturaleza de las partes determinaban por completo las características del todo, mientras formulaba una visión organicista donde el organismo social parecía cobrar vida por encima de sus partes.

Desde enfoques muy diversos y con marcadas diferencias, los desarrollos posteriores de la teoría clásica europea no fueron ajenos a esta discusión, de tal modo que en esta tradición podemos identificar algunos autores con preferencias sistémicas y otros con inclinaciones accionalistas, según le atribuyan mayor importancia a las estructuras sociales o a la acción de los individuos en tanto variables explicativas del cambio o el orden social. Sin embargo, subsiste en todos ellos una permanente tensión entre «acción y

---

<sup>1</sup> Esta tesis es igualmente compartida por Vania Salles (2001). En contra de esta asociación se ha pronunciado George Ritzer (1992) para quien sólo existen «coincidencias superficiales» entre la cuestión micro/macro y la relación acción/estructura pues, si bien la acción corresponde al nivel micro (actores humanos individuales), también puede hacer referencia a la actuación de colectividades. Así mismo, la estructura suele hacer referencia a las grandes estructuras sociales pero también pueden existir estructuras micro tales como las implicadas en la acción humana. Ritzer considera que los términos del debate estarían formulados más en términos de relación acción/estructura, mientras que su contraparte norteamericana estaría relacionada con la vinculación de lo micro y lo macro.

estructura», que nunca lograron resolver satisfactoriamente<sup>2</sup>. Esto hace posible reinterpretar sus obras, mostrando que en ninguno de ellos está ausente una y otra dimensión, así: ni Durkheim puede ser rotulado de holista absoluto, ni Weber de individualista total.

El hecho de que exista un largo antecedente en las obras de estos autores clásicos, no supone afirmar que el problema de la acción y la estructura renace siempre de la misma manera. La teoría social contemporánea ha explorado, enriqueciéndola, esta antinomia clásica, de manera tal que se ha apartado de esta falsa disyuntiva, y se ha ocupado de superar este escollo, formulando soluciones tentativas de continuidad entre el actor y la estructura a través de propuestas teóricas integradoras que incorporen en forma consistente la dimensión analítica de los actores sociales sin perder de vista su dimensión histórica y estructural<sup>3</sup>. Los conceptos de «campus» y «habitus» (Bourdieu); «Mundo de la vida» y «mundo del sistema» (Habermas), constituyen un ejemplo en favor de este postulado.

El objetivo del presente ensayo es reflexionar en torno a los esfuerzos de la teoría social contemporánea por reestablecer el vínculo acción/estructura y la relación micro/macro a partir de las propuestas de dos teóricos actuales de la sociología: Jeffrey Alexander y Anthony Giddens, que nos posibilite a través de esta reflexión hacer un balance general del debate sociológico clásico y contemporáneo en torno a la acción y la estructura y las principales vertientes que lo han organizado. Es de señalar, que la selección de estos autores no se ha hecho de manera arbitraria y esta orientada por algunos criterios: en primer lugar se trata de autores cuyas reflexiones y trabajos han intentado contribuir y sostener, en las tres últimas décadas, propuestas de análisis con pretensiones integradoras y globalizantes; en segundo

---

<sup>2</sup> Cfr. Ferdinand Tönnies con sus conceptos acerca de la voluntad esencial o natural (basada en relaciones emotivas/afectivas) y la voluntad instrumental (basada en el raciocinio y el cálculo); Emilio Durkheim a partir de sus formulaciones colectivistas y su defensa del individualismo moral; George Simmel con el análisis de la cultura objetiva y la cultura subjetiva; Karl Marx al explicar el surgimiento de la propiedad privada y la explotación social; Max Weber al destacar, junto a su individualismo metodológico, el creciente proceso de racionalización de la sociedad moderna o Schutz al llamar la atención sobre «el mundo de la vida». De igual modo en la sociología norteamericana George H. Mead abordó el problema desde la perspectiva del “*Self*” y el “*Me*”.

<sup>3</sup> Este giro teórico ha sido posibilitado por el surgimiento de nuevas problemáticas sociales, de actores diversos a los tradicionales y, sobre todo, por la llamada «crisis de los paradigmas» por la que atraviesa la Sociología, la cual ha favorecido el interés por el estudio de aspectos de la vida social, antes ocultos a una mirada estructural. En esta perspectiva, el reconocimiento de la capacidad de los sujetos para interactuar y transformar su entorno, se ha constituido en una preocupación de primer orden en el pensamiento sociológico contemporáneo, con claros efectos sobre la discusión en torno a los sujetos sociales, los actores colectivos, las características de los movimientos y su relación con las instituciones. Por otro lado, la creciente especialización y complejización de las sociedades modernas, producto de los grandes cambios ocurridos en la división del trabajo y la diversificación de las sociedades, ha permitido importantes transformaciones de las relaciones entre el individuo y la colectividad.

lugar, tanto el uno como el otro, responden a tradiciones teóricas geográficamente distintas: en el caso de Alexander, la sociología norteamericana y en el de Giddens la sociología europea; finalmente, mientras la propuesta de Alexander nos señala la ruta teórica que han seguido las ciencias sociales, desde la crítica al modelo de Parsons; la perspectiva de Giddens ilustra el curso de las ciencias sociales, a partir de la crítica del positivismo filosófico y social<sup>4</sup>.

## Jeffrey Alexander: El enfoque multidimensional

Para el sociólogo norteamericano Jeffrey Alexander el discurso sobre el actor *versus* la estructura surge como una reacción a la propuesta estructural/funcionalista de Talcott Parsons, quien en su reflexión sobre el individuo intentó reunir idealismo y materialismo en la teoría de los sistemas, la acción voluntarista y la determinación estructural, trazando nuevos rumbos a la teoría y la investigación en el período de posguerra. Sus formulaciones desencadenaron –a finales de los años cincuenta– una «revuelta teórica» que trató de conceptualizar la acción y el orden, en confrontación con la perspectiva parsonsiana, pero que terminaron atrapadas en un enfoque unilateral que Alexander somete a crítica y trata de superar a través de una perspectiva sintética<sup>5</sup>.

En su modelo, Alexander busca la interrelación entre la acción individual y la estructura social, a través de una visión integradora que, de manera sistemática, incluya diferentes enfoques teóricos y dimensiones analíticas de la realidad empírica. Este enfoque multidimensional constituye, a juicio de este autor “la única posición que puede explicar el mundo social de manera total, coherente y satisfactoria (y) también la única perspectiva desde la cual toda la variedad de las teorías sociológicas rivales se pueden interpretar con justeza sin dejar de lado ninguno de sus intereses parciales” (Alexander: 1992, p. 299).

A lo largo de su recorrido por el pensamiento sociológico, Alexander se esfuerza por hacer visibles los elementos particulares de su teoría multidimensional, a través de tres ejes problemáticos: de una parte, proponiendo una relectura de los pensadores clásicos, a los

---

<sup>4</sup> Cabe advertir que este ensayo tiene una pretensión muy modesta de ilustrar la participación de estos dos autores en el mencionado debate en torno al actor y la estructura, sin que, en ningún momento, pretenda dar cuenta de la trayectoria teórica-analítica y metodológica, presente en la vasta obra desarrollada por estos dos autores.

<sup>5</sup> Los planteamientos de Jeffrey Alexander serán desarrollados básicamente a partir de sus siguientes escritos: «El nuevo movimiento teórico» en *Estudios sociológicos No. 17*. Colegio de México, 1988, pp. 259-307; En colaboración con Paul Colomy, «El neofuncionalismo hoy: Reconstruyendo una Tradición teórica» en *Sociológica No. 20*, México, septiembre-diciembre, 1992, pp. 195-234; «Después del neofuncionalismo: acción, cultura y sociedad» en *Perspectivas teóricas contemporáneas de las ciencias sociales*. México: UNAM, FCPYS, 1999, pp. 317-337 y el ya mencionado libro sobre las *Teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*.

que le otorga una posición central en la teoría social; por otra, formulando una revaloración de la obra de Talcott Parsons (que lo aproxima hacia posturas «neofuncionalistas») y finalmente, planteando una interpretación crítica de la llamada «revolución microsociológica» —iniciada tras finalizar la II Guerra Mundial— tratando de convertir el énfasis concreto de cada teoría unilateral en elementos analíticos de un conjunto teórico más amplio.

### 1) *La centralidad de los clásicos*

Contrariamente a los argumentos positivistas e historicistas<sup>6</sup> que pretenden negar la existencia de los clásicos, Alexander defiende la centralidad de los mismos y los define como “productos de la investigación a los que se les concede un rango privilegiado frente a las investigaciones contemporáneas del mismo campo. El concepto de rango privilegiado significa que los científicos contemporáneos dedicados a esa disciplina creen que entendiendo dichas obras anteriores pueden aprender de su campo de investigación tanto como puedan aprender de la obra de sus propios contemporáneos” (Alexander: 1990, p.23). De esta manera, vincula el significado de los textos clásicos con los intereses teóricos contemporáneos.

Esta posición privilegiada de los clásicos hace que la exégesis y reinterpretación de sus obras —dentro o fuera de un contexto histórico— llegue a constituir corrientes destacadas en varias disciplinas, que incluso disputan entre sí el «verdadero significado» de una obra clásica. Pero, justamente, las obras de los clásicos se caracterizan por ser ambivalentes y contradictorias, y cualquier pretensión de abordarlas como totalidades consistentes no es más que una tentativa frustrada de tratar de revivir el viejo ideal positivista. En las disciplinas sociales no se puede hablar de textos en sí mismos, sino más bien de las interpretaciones que de ellos se han hecho. De lo que se sigue que existen múltiples fórmulas para abordar la lectura de un clásico. Esta labor la emprende el mismo Alexander en su obra *Theoretical logic in sociology*<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Las perspectivas positivistas están sustentadas en la idea que existe un conocimiento objetivo que se va acumulando, de donde la noción de clásico resulta inconsistente, pues cualquier aspecto científicamente relevante que pudieran aportar dichos autores o bien debería estar verificado e incorporado a la teoría contemporánea o bien, falsado y eliminado como un conocimiento no verdadero. Por otro lado, la perspectiva historicista, considera que los textos clásicos deben considerarse exclusivamente desde un punto de vista histórico (algo así como piezas de museo), por lo que su valor es puramente informativo (Alexander: 1990, p. 23).

<sup>7</sup> Esta obra aún no traducida al español comprende cuatro volúmenes: I) *Positivism, Presuppositions, and current controversies* (El positivismo, presuposiciones y controversias); II) *The antinomies of classical thought: Marx and Durkheim* (Las antinomias del pensamiento clásico a través de Marx y Durkheim, III) *The classical attempt at theoretical síntesis: Max Weber* (El intento clásico para lograr una síntesis teórica: Max Weber) y IV) *The modern reconstruction of classical thought: Talcott Parsons* (La reconstrucción moderna del pensamiento clásico a través de Parsons).

Así mismo, los textos clásicos cumplen otra función importante y es la de poner en claro los desacuerdos que existen en las ciencias sociales. Las conceptualizaciones de los «clásicos» se constituyen en puntos de referencia obligatorios para situarnos en el debate teórico, lograr comprender las diferentes perspectivas que existen en la sociología y aclarar nuestra propia terminología (Zabludovsky: 1995). Como veremos en las líneas siguientes, este mismo ejercicio es el que realiza Alexander en relación a la obra de Talcott Parsons.

## 2) Una relectura de la obra de Parsons: El neofuncionalismo

Para Alexander, la sociología de la posguerra tiene el sello indiscutible de Talcott Parsons, quien enriqueció, como ningún otro lo había hecho, el «continuum» sociológico, en un contexto social y político caracterizado por un desplazamiento del centro de gravedad de las teorías sociológicas después de la Segunda Guerra Mundial de Europa a Norteamérica, debido al impacto que tuvo en estas tradiciones sociológicas los propios acontecimientos bélicos y el desarrollo en los Estados Unidos de un ambiente cultural, político, y social que propició el desarrollo de la sociología.

Alexander distingue varios momentos en la trayectoria teórica de Parsons y señala cómo su obra temprana, plasmada en la *Estructura de la acción social* (1937) constituye una propuesta alternativa para pensar desde «La teoría voluntarista de la acción» los actos humanos, la interpretación y las pautas morales, tratando de explicar el orden colectivo sin eliminar de él la subjetividad y la libertad. El camino que conduce a esta formulación, arranca de una crítica a los supuestos utilitaristas de la acción<sup>8</sup> y de un reconocimiento de la acción no racional como significativa —a través de una exégesis de la obra de Durkheim y Weber— donde los elementos morales y normativos pueden ser vistos como «sistemas» organizados. Esta reflexión inicial de Parsons, aunque con problemas y ambigüedades según Alexander, sentó las bases de una nueva tradición teórica que iba a socavar el edificio de la ciencia social durante los veinte años siguientes, de 1940 a 1960, con sus proposiciones teóricas y modelos analíticos que se irradiarían en diversos ambientes intelectuales y académicos de Estados Unidos y América Latina.

Tras la publicación de *La Estructura de la acción social* (1937) el esfuerzo teórico de Parsons se centró en avanzar desde una visión del actor como una entidad física y concreta, hacia una concepción en la cual los actores se constituyen como especificaciones de amplios patrones culturales que entran en relaciones de rol e identidades a través de la socialización. De esta manera “en vez de describir individuos que toman parte en una ‘sociedad’ externa a ellos, Parsons adoptó una visión analítica en la que se sugiere que los actores y las sociedades son mucho más, y mucho menos, que la imagen concreta que se ve a simple vista. Son, de hecho, composiciones de diferentes niveles, de significados emparentados (el sistema cultu-

---

<sup>8</sup> Este modelo, sustentado en la economía clásica, formula una explicación empírica de la forma como las decisiones individuales se suman para formar las sociedades.

ral), de necesidades psicológicas (el sistema de la personalidad), y las experiencias institucionales e interaccionales (el sistema social)”. (Alexander: 1999, p. 318).

Este modelo sistémico propuesto por Parsons hace corresponder el sistema social con la interacción e interdependencia de las personas, bien en términos de cooperación o bien en términos de antagonismo, con instituciones y estructuras que cumplen la función de ofrecer resultados acordes con al mantenimiento del sistema social. Junto al sistema social y al individuo, está la cultura que ofrece el marco de sentido y valor a los individuos y a la sociedad. A éste «modelo trisistémico» –cultura, personalidad y sociedad–, Parsons agrega el concepto de rol social, instituido socialmente y asociado al cumplimiento de normas, sanciones y recompensas.

La teoría de Parsons en su «período intermedio», como la clasifica Alexander, constituyó un valioso esfuerzo por “integrar las tradiciones instrumental e idealista, sintetizando el voluntarismo puro con la teoría de la coerción pura mediante el desarrollo de un esquema general que marcara el inicio de una nueva teoría sociológica ‘posclásica’” (Alexander: 1992, p. 38). Así, su teoría buscaba conciliar escuelas conflictivas de la sociología clásica, y aportar una vía para integrar el orden cultural con el material, reivindicando el actor sin subestimar el papel de la estructura y posibilitando la articulación de los niveles micro y macro, subjetivo y objetivo (Alexander: 1999, p. 318).

El balance que realiza Alexander tanto de su «obra temprana» como de su «período intermedio», nos ofrece la pauta para entender las contribuciones de Alexander a la discusión que nos ocupa en este ensayo. De acuerdo con Alexander, Parsons transitó de una teoría multimodal, que reconoce las diferentes dimensiones de la acción, a una teoría unidimensional, que reduce la acción a una serie de conductas por una estructura previa de roles que fija la orientación del actor (Farfán: 1999). Y si bien Parsons ofreció un “confiable modelo general de interpenetraciones culturales, sociales y psicológicas, no produjo un registro de acciones como tal. Esto es, de actores reales, concretos, vivientes que actúan a través del tiempo y el espacio. Lo que Parsons produjo fue una teoría macrosociológica constructiva de los microfundamentos de la conducta; mientras lo hacía, ignoró el orden que emerge de la interacción como tal” (Alexander: 1999, p. 318).

Es cierto que el modelo trisistémico de Parsons, precedió históricamente la revolución del enfoque microsociológico que se inicia a finales de los años cincuenta. Sin embargo, Parsons no supo incorporar las reflexiones que aportaban las microsociologías. “Esta resistencia –agrega Alexander– fue particularmente dañina porque, después de la revolución del enfoque micro, las teorías generales de la sociedad simplemente tuvieron que cambiar. La nueva teorización del enfoque micro estimuló los más grandes y nuevos desarrollos en la teoría macrosociológica” (Ibíd: p. 319), además que puso de presente a los teóricos que el ser socializado era el punto de partida y no de llegada de las teorías de la acción.

### 3) *La revolución del enfoque microsociológico*

Según Alexander, hasta mediados de los años sesenta la obra y el pensamiento de Parsons mantuvo una plena hegemonía en la teoría sociológica y se constituyó en una referencia obligada para todos los teóricos contemporáneos. Pero ya desde finales de los años cincuenta se fue forjando, principalmente en los EEUU, un movimiento antifuncionalista de crítica al pensamiento de Talcott Parsons. La «revuelta contra Parsons»—como también se le conoció a este movimiento— abrió un nuevo escenario para la reflexión sociológica contemporánea. De tal modo, las teorías sociológicas de posguerra elaboran sus formulaciones a partir de los vacíos y debilidades que creen ver en la obra del sociólogo norteamericano Parsons, dedicándose cada una de ellas al estudio de un segmento de su trabajo. En estas críticas, teórica y analítica, construyen propuestas específicas y parciales acerca de la teoría general expuesta por Parsons, lo que las hace unilaterales y limitadas, arrastrando los defectos de la teoría de la cual pretendían escapar e incorporando de una manera u otra «categorías residuales»<sup>9</sup>, de la teoría que aspiraban a superar.

Las nuevas teorías que surgen para salir del planeta Parsons son: la teoría del conflicto<sup>10</sup> que rechaza los postulados del sociólogo norteamericano sobre el orden, el consensualismo y el enfoque funcional para explicar los sistemas sociales y se interesa por la dimensión del conflicto en la sociedad; la teoría del intercambio<sup>11</sup> que renueva la visión utilitarista criticada por Parsons, insistiendo que las formas elementales de la vida social no son elementos extraindividuales —como los sistemas de símbolos— sino actores individuales de una inclinación exclusivamente racionalista; el interaccionismo simbólico, representado en Blumer<sup>12</sup>, que enfatiza el intercambio comunicativo que emana de la relación entre sujetos y que insiste —recuperando a Mead— en la interpretación como elemento constitutivo

---

<sup>9</sup> Alexander llama categorías residuales a “estos conceptos *ad hoc* porque están fuera de la línea de argumentación explícita y sistemática del teórico. Las categorías residuales son como arrepenimientos teóricos: el teórico las inventa porque teme haber pasado por alto el punto crucial” (Alexander: 1992, p. 22).

<sup>10</sup> Son representantes de la teoría del conflicto autores tan destacados como Lewis Coser, Ralf Dahrendorf y John Rex, entre otros, quienes asumen la responsabilidad de las teorías sociológicas y de las ciencias sociales contemporáneas de explicar la realidad y los sistemas sociales a partir de la dicotomía «equilibrio/conflicto».

<sup>11</sup> El principal representante de esta teoría es George Homans. Junto a él, otros importantes exponentes de la teoría del intercambio son James Coleman, Peter Blau, Alvin Gouldner, Meter Ekek, Charles Kadushin, William Goode.

<sup>12</sup> Además de Blumer, el interaccionismo simbólico ha generado varias tendencias entre quienes se destacan teóricos como: Howard Becker, Ralph Turner, Manfred Khun, Sheldon Stryker, Joseph Gusfield e Erving Goffman. Uno u otro de estos autores ha sido responsable de las cuatro líneas del pensamiento interaccionista 1. Tradición de las etiquetas, 2. Teoría de la conducta colectiva, 3. Escuela de Iowa y 4. Dimensión colectiva de la acción social (Alexander: 1992, pp. 185-193)

del actor; la etnometodología<sup>13</sup> que le da validez al orden normativo y destaca la importancia de las prácticas que una colectividad tiene para explicar el orden y la acción de los individuos que responden a lo que ha sido institucionalizado; la sociología cultural<sup>14</sup> que busca significados a la acción humana mediante métodos interpretativos y, finalmente, el retorno a concepciones marxistas que, como la de Marcuse, reaccionan críticamente no sólo contra la teoría parsonsiana, sino el marxismo soviético.

La conclusión a la que arriba Alexander después de este recorrido por las diversas teorías es que Parsons ha sido superado en términos históricos pero no en su pretensión teórica: “La teoría de Parsons —escribe Alexander— era ambiciosa y en muchos sentidos profunda. También tenía muchos inconvenientes originados en profundas ambivalencias de Parsons. Dado el clima social, cultural e intelectual de la década de 1960, estos inconvenientes tenían que aflorar, y las ambivalencias volvieron imposible que Parsons y sus seguidores alteraran decisivamente la teoría. Los retadores señalaron problemas cruciales y los mejores de ellos hicieron exposiciones formidables. En 1980 la batalla estaba ganada” (Alexander: 1992, p. 295).

## Proposiciones fundamentales de la Teoría multidimensional

Aunque Alexander afirma que la obra de Parsons constituye la teoría general más elaborada y de mayor alcance hasta hoy concebida, reconoce que fracasó en su propósito de articular las teorías de la acción y de la estructura, ya que no llevó a cabo su síntesis de manera uniforme: “A la vez que reconoció la acción contingente, se interesó más en la individualidad socializada; si bien concluyó formalmente las estructuras materiales, dedicó mucho más tiempo a teorizar sobre el control normativo” (Alexander: 1988, p. 275). Así mismo, Alexander valora positivamente las aportaciones realizadas por los enfoques «micro», al tiempo que señala sus limitaciones: “Ya que si bien han evitado los resultados negativos de la pretensión deconstructiva de Parsons, no han incorporado, en cambio, sus logros. Al enfocar la acción, los planteamientos micro han concebido al actor sólo en una forma concreta. El reto para la teorización de la acción en el presente, es ir más allá de su propia posición” (Alexander: 1999, p. 319). Para Alexander este «nuevo movimiento teórico» —como él le denomina— viene siendo desarrollado por una joven generación de teóricos,

---

<sup>13</sup> Escuela sociológica que tiene como su más destacado exponente a Harold Garfinkel, su fundador en el decenio de los sesenta. Otros teóricos le han dado continuidad a esta escuela entre los que se reconocen; Harvey Molotch, Gaye Tuchman, Kenneth Leiter, Don H. Zimmerman, John Kitsure, Melvin Pollner, Aaron Cicourel, Thomas P. Wilson, Harvey Sacks, Emmanuel Schegloff, Anita Pomerante y Gail Jefferson (Ibid: 185 y ss.).

<sup>14</sup> Esta nueva teoría está agenciada por el antropólogo norteamericano Clifford Geertz; otro impulsor de esta corriente socio-antropológica ha sido Robert N. Bellah. (Ibid: pp. 242-262).

cuya pretensión es —con obvias diferencias fundamentales— la articulación de lo micro y lo macro; la reintegración de la acción y la estructura; del voluntarismo subjetivo y la restricción objetiva. Justamente, la concepción multidimensional de Alexander hace parte de este «nuevo movimiento».

En el proceso de la elaboración de su matriz conceptual, Alexander divide las tradiciones sociológicas, a partir de dos problemas que considera fundamentales: el problema de la acción y el problema del orden<sup>15</sup>.

1) *En relación al problema del orden.* Existen diferencias frente al modo como se genera este orden: para el enfoque colectivista, los patrones sociales son previos a todo acto individual específico y son en cierto sentido producto de la historia. El orden social es un dato «externo» que enfrenta el individuo en el momento de nacer. Así, todo acto individual, según la teoría colectivista, va impulsado en la dirección de la estructura preexistente, se trata de un orden previo y exterior a la acción del individuo<sup>16</sup>. Por su parte, los teóricos individualistas insisten que los patrones estructurales son producto de la negociación individual y consecuencia de la opción individual. Los actores no son simples portadores de las estructuras sino que las producen en los procesos concretos de la interacción individual y pueden alterar los fundamentos del orden social en cada momento del tiempo histórico.

Alexander considera que las tradiciones individualistas tienen un gran atractivo, porque asumen la defensa de la libertad individual en forma abierta y explícita. A tiempo que reflejan una preocupación central de la sociedad moderna por el individuo<sup>17</sup>. No obstante estas preferencias por el individualismo se ven opacadas por sus debilidades teóricas: “Al rechazar radicalmente el poder de la estructura social, la teoría individualista a fin de cuentas no le hace ningún favor a la libertad. Fomenta la ilusión de que los individuos no necesitan a los demás o a la sociedad en su conjunto. También ignora el gran sostén que

---

<sup>15</sup> Para Alexander estos no son problemas opcionales: “Toda teoría debe asumir una posición con respecto a ambos. Las permutaciones lógicas entre estas presuposiciones constituyen las tradiciones fundamentales en la sociología. Como tales, forman los ejes más importantes en torno a los cuales gira el discurso en la ciencia social”. (Alexander: 1988, p. 280).

<sup>16</sup> Alexander aclara que es posible que “los colectivistas pueden admitir que el orden social existe tanto en el interior del individuo como fuera de él, se trata, de hecho, de un requisito importante sobre el que hemos de volver. Sin embargo, ya sea que se conceptualice como interno o externo al actor, la posición colectivista no considera el orden como producto de consideraciones totalmente inmediatas, del momento actual. De acuerdo con la teoría colectivista, cada actor individual se ve impulsado hacia estructuras preexistentes; si esta dirección es una mera probabilidad o un destino predeterminado depende del refinamiento de la postura colectivista, que abordaremos más adelante” (Ibíd, p. 279).

<sup>17</sup> Recordemos que “la sociología surgió como disciplina a raíz de la diferenciación del individuo en la sociedad, pues fue la independencia del individuo lo que vuelve problemático el orden, y lo problemático del orden hace posible la sociología” (Ibíd., p. 280).

pueden proporcionar las estructuras sociales a la libertad” (Alexander: 1988, p. 282). La teoría colectivista reconoce que los controles sociales existen y en consecuencia puede someter dichos controles a un análisis explícito. En este sentido el pensamiento colectivista tiene ventajas sobre el pensamiento individualista, tanto en lo moral como en lo teórico.

En lo que respecta a «la naturaleza de la acción», Alexander hace una distinción entre dos grandes teorías de la acción: de un lado la acción racional<sup>18</sup>, que privilegia la acción instrumental y considera que el actor recibe impulso de fuerzas externas; y de otro, la acción no racional (Normativa), que concibe a las personas idealistas, normativas y morales y nos presenta un mundo regido por emociones y deseos inconscientes. Los enfoques no racionales implican que la acción está motivada desde adentro (Alexander: 1992, p. 18).

Con base en estos dos niveles de análisis (problema del orden y la naturaleza de la acción), Alexander construye una matriz, que nos permite dar cuenta de las diferentes tradiciones sociológicas existentes:

\_Teorías individualistas/racionales: Tienen una larga tradición en las ciencias sociales que se inicia con Maquiavelo, se continúa con los contractualistas y algunos pensadores ilustrados y llegan a la sociología a través de la concepción utilitarista de la economía clásica.

\_Teorías individualistas-no racionales (Individualistas/normativas): Se han configurado a partir de tradiciones que rechazan el utilitarismo y la ilustración. Caben señalar aquí las teorías de Freud, del existencialismo, la tradición hermeneútica y el interaccionismo simbólico.

\_Teorías colectivistas-racionales: Las estructuras colectivas se describen como si fueran externas a los individuos en un sentido material. Estas estructuras controlan a los actores desde fuera. Lo hacen disponiendo de sanciones punitivas y recompensas positivas. En cierto modo, Marx, Weber y la teoría utilitarista.

\_Teorías colectivistas-no racionales (Colectivistas/Normativos): Percibe que los actores pueden ser guiados por los ideales y las emociones (situados dentro y no fuera). Estas estructuras extraindividuales se internalizan con el proceso de socialización. La volición individual se convierte en parte del orden social y la vida social real implica negociaciones entre un «yo social» y el «mundo social» (individuos socializados por los sistemas culturales). En esta tradición se inscribe la perspectiva de Durkheim.

Los teóricos generalmente se mueven en territorios ambiguos, que posibilitan su reinterpretación, mientras que sus seguidores son por lo general más sensibles a los dilemas que él enfrentó, por lo que escogen las categorías residuales de una tradición y trata de elaborarlas de manera más sistemática, sin escapar al dilema teórico general, circunstancia

---

<sup>18</sup> No supone una valoración de la acción en términos de bueno o malo.

ésta que los conduce a una «peligrosa unidimensionalidad» que les hace pasar por alto aspectos vitales de la condición humana y que sólo puede ser superada con una perspectiva multidimensional<sup>19</sup>.

## Anthony Giddens: La teoría de la estructuración

La teoría de la estructuración del sociólogo inglés Anthony Giddens constituye otro importante esfuerzo teórico por trascender el dualismo clásico entre estructura y acción; individuo/sociedad, sujeto/estructura, dimensiones micro/macro sociales, que han orientado los enfoques unilaterales de las diferentes tradiciones sociológicas. La teoría de la estructuración se presenta entonces como una síntesis coherente de los niveles analíticos aportados por perspectivas hasta entonces consideradas excluyentes<sup>20</sup>, donde la acción no es determinada por la estructura ni la acción determina la estructura.

Esta síntesis conceptual propuesta por Giddens propone una perspectiva sociológica centrada en las prácticas sociales, las relaciones sociales y las potencialidades de la vida social, que proporciona elementos para la reconceptualización de la producción, reproducción y transformación de la vida social. Dicha síntesis discurre sobre tres ejes analíticos: en primer lugar a través de una relectura de los clásicos que Giddens acompaña de una crítica a la filosofía positivista de la ciencia; en segundo lugar, por una crítica al funcionalismo de Parsons y Durkheim que hace extensivo a algunas versiones del marxismo y en tercer lugar por una recuperación de las sociologías hermenéuticas.

---

<sup>19</sup> La pretensión de Alexander es superar esta dicotomía a través de una teoría que califica de multimodal, porque es capaz de incorporar las dimensiones del orden y la acción en una teoría integral. No obstante, pese a su interés por centrarse en las relaciones entre sus cuatro niveles, a través del establecimiento de un *continuum*, que va de lo materialista (objetivo) a lo idealista (subjetivo) y de lo individual (micro) a lo colectivo (macro), resulta claro que Alexander termina por inclinarse por el nivel colectivo-normativo y por las teorías que parten de este nivel (Aquí reaparecen las raíces parsonsianas de Alexander). Como él mismo señala “la esperanza de combinar el orden colectivo y el voluntarismo individual reside en la tradición normativa más que en la racionalista. Lo más importante en su opinión es la idea de que esta orientación es preferible porque las fuentes del orden son internas (en la conciencia) más que externas, como defiende la orientación colectivo-instrumental. Ello permite tanto el orden como la acción voluntaria” (Ritzer: 1992, p. 465).

<sup>20</sup> Este pluralismo teórico es el resultado, en palabras del mismo Giddens, de la declinación del empirismo lógico como resultado del surgimiento de una «nueva filosofía de la ciencia» en la cual “se rechaza la idea de que puede haber observaciones teóricamente neutrales; ya no se canonizan como ideal supremo de la investigación científica los sistemas de leyes conectadas de forma deductiva; pero lo más importante es que la ciencia se considera una empresa interpretativa,

1) *La relectura de los clásicos y la crítica a la filosofía positiva de la ciencia.*

La reelaboración de los conceptos de acción y estructura en la obra de Giddens parte de una lectura crítica de los clásicos, particularmente de lo que él denomina padres fundadores de la teoría sociológica europea<sup>21</sup>: Comte, Marx, Weber y Durkheim. La reflexión de Giddens en torno de los clásicos avanza paralela con una crítica al ideal positivista de ciencia –aceptado en el siglo XIX– centrado en la preocupación por establecer una ciencia de la sociedad con una estructura lógica similar a las ciencias naturales. En este sentido Giddens rechaza lo que él considera «los elementos fuertemente positivistas» de los escritos de Marx que, al igual que Comte y Durkheim, –con sus obvias diferencias– trataron de naturalizar las ciencias sociales (Giddens: 1987, p. 14)<sup>22</sup>.

Esta pretensión positivizante de las ciencias sociales, no daba lugar a la interpretación, a la que consideraba como una suerte de «caja negra», de elemento negativo que debía desecharse en favor de una observación externa. Y aunque algunos pensadores clásicos –entre los que sobresale Max Weber– trataron de reconciliar el problema de la comprensión con el proyecto de una ciencia objetiva de la sociología, fracasaron en su intento, al considerar que la comprensión arroja un material objetivo y por ende intersubjetivamente verificable: “Más lo que estos autores (Weber y Dilthey) llamaban ‘comprensión’ no es simplemente un método para entender lo que hacen los demás, ni requiere de alguna manera misteriosa y oscura, una captación empática de su estado de conciencia, sino que la comprensión es la misma condición ontológica de la vida humana en sociedad como tal”<sup>23</sup> (Ibíd, p. 21).

---

de modo que los problemas de significado, comunicación y traducción adquieren una relevancia inmediata para las teorías científicas” (Giddens y Turner: 1991, p. 11)

<sup>21</sup> Giddens establece una diferenciación entre fundadores y clásicos, al respecto señala: “Todas las disciplinas intelectuales tienen fundadores, pero normalmente sólo las ciencias sociales reconocen la existencia de ‘clásicos’. Según mi punto de vista, los clásicos son los fundadores que nos hablan de algo que aún se considera pertinente. No se trata simplemente de anticuada reliquias, sino que se les puede leer y releer, y constituyen un foco de reflexión sobre los problemas y las cuestiones de actualidad” (Giddens: 1997, p. 16).

<sup>22</sup> Es de anotar que la preocupación de Giddens por el pensamiento clásico es anterior a esta obra. Ya en su libro. *El capitalismo y la moderna teoría social* (1971), Giddens había criticado y reformulado las interpretaciones de Weber y Durkheim presentes en la obra de Parsons, a tiempo que reivindicaba el pensamiento de Marx y sus aportaciones a la obra de Max Weber.

<sup>23</sup> Giddens agrega que ésta es la idea central de Wittgenstein y de ciertas versiones de la fenomenología existencialista. La comprensión de uno mismo está conectada integralmente con la comprensión de los otros. La intencionalidad, en el sentido fenomenológico, no debe ser considerada –afirma Wittgenstein– como la expresión de un inefable mundo interior de experiencias mentales privadas, sino como algo que depende necesariamente de las categorías comunicativas del lenguaje, que a su turno presuponen formas definidas de vida. La comprensión de lo que uno hace sólo se torna posible comprendiendo (o pudiendo describir) lo que hacen otros y viceversa.

En su análisis crítico de los clásicos Giddens se refiere también al interaccionismo simbólico y –aunque no lo aborda directamente– destaca de él la primacía que otorga al sujeto como actor hábil y creador. Los conceptos de Mead, en torno a la reciprocidad del «Yo» y el «Mi», constituyen sin duda una aporte importante en este sentido. No obstante la insistencia de este filósofo norteamericano en el *self* social, en lugar de la actividad constituyente del «Yo» derivó su interpretación hacia un «*self* socialmente determinado» que lo aproxima a posturas funcionalistas, “Esto explica –anota Giddens– por qué ambos pudieron ser reunidos en la teoría social norteamericana de nuestros días; en ella, la diferenciación entre el interaccionismo simbólico –que de Mead a Goffman carece de una teoría de las instituciones y el cambio institucional, y el funcionalismo– ha pasado a ser considerada típicamente como una mera división del trabajo entre la ‘micro’ y la ‘macro-sociología’ ” (Ibíd, p. 23).

## 2) *Crítica al funcionalismo de Parsons y Durkheim.*

Giddens critica las nociones de acción y estructura en el pensamiento de Talcott Parsons y señala la necesidad de una reformulación de los mismos: Por una parte, admite que si bien en los primeros escritos del sociólogo norteamericano hay una teoría de la acción (El esquema voluntarista de la acción), advierte que en sus desarrollos teóricos termina por identificar el voluntarismo con la «internalización de valores» en la personalidad y por consiguiente con la motivación psicológica. De tal modo que “En el ‘marco de referencia de la acción’ de Parsons no hay acción; sólo hay conducta impulsada por disposiciones de necesidad o expectativas de rol. La escena está montada, pero los actores sólo actúan según libretos que ya han sido escritos para ellos” (Ibíd, p. 18)

De otra parte, Giddens cuestiona la noción de estructura en Parsons, la cual tiene un carácter descriptivo y supone que los actores se guían solo por disposiciones de necesidad (previa interiorización de valores). Todo lo cual conduce a una suerte de reduccionismo estructural, donde el sujeto queda perdido en la trama relacional de la sociedad, y termina dando preeminencia a la determinación funcional de la acción y de la estructura «como una fuerza constrictiva total sobre el comportamiento humano»<sup>24</sup> Esta última crítica la hace extensiva al marxismo al que categoriza –junto con el funcionalismo– como un enfoque

---

<sup>24</sup> Señala Giddens cuatro críticas al funcionalismo de Durkheim y Parsons (Giddens: 1987, p. 22): “(Primero) El reducir la intervención humana a una ‘interiorización de valores’. Segundo: la concomitante omisión que se niega a considerar la vida social humana como activamente constituida, a través de las acciones de sus miembros. Tercero: el tratamiento del poder como un fenómeno secundario, y de la norma o el ‘valor’ en estado solitario como el rasgo básico de la actividad social y, por ende, de la teoría social. Cuarto: el hecho de no otorgar un lugar central en la conceptualización al carácter negociado de las normas, en el sentido de estar abiertas a ‘interpretaciones’ divergentes y antagónicas en relación con ‘intereses’ divergentes y antagónicos de la sociedad”.

estructural<sup>25</sup>, cuya convergencia se manifiesta en los siguientes aspectos: “los fenómenos sociales son considerados como independientes de los individuos; la noción de estructura es asumida como una fuerza externa que constriñe o limita las formas de acción y los significados con los cuales la gente se compromete; el individuo es visto como un producto de las influencias coercitivas de la estructura social; ambas perspectivas centran la atención en el problema de la reproducción social. Y finalmente Giddens señala que las dos perspectivas contienen una concepción evolucionista” (Andrade: 1999, p. 179).

Partiendo de la crítica a estos enfoques estructurales, Giddens se pronuncia por una perspectiva que restituya las intenciones y razones de los actores al mismo nivel de la estructura y la determinación funcional de la acción.

### 3) *Recuperación y reelaboración de las diferentes corrientes microsociológicas*

En su obra *Las Nuevas reglas del método sociológico* (1976) Giddens emprende, —como lo anuncia en el subtítulo de su libro—<sup>26</sup> un análisis de las diferentes escuelas de teoría social y filosofía social que abarca desde la fenomenología de Schutz hasta los desarrollos recientes de la filosofía hermenéutica y la teoría crítica, pasando por: las contribuciones de la etnometodología de Garfinkel y la sociología interpretativa de Winch, aclarando qué toma de cada una de estas escuelas y cuáles son sus limitantes.

A juicio de Giddens, la contribución fundamental de las sociologías interpretativas a la teoría de la estructuración es que centran su atención en el actor como agente libre que crea las realidades en torno suyo, atribuyendo un peso muy importante a las experiencias subjetivas de los actores y los significados de sus acciones (producción social). Pero esta relevancia que confiere al actor se hace en detrimento de la reproducción social, negando la influencia de las instituciones y otros patrones constantes en la vida social. La acción queda reducida a un acto con atribución de sentido, que desconoce la centralidad que tiene el poder en la vida social y que les impide explicar los problemas de transformación histórica. Así mis-

---

<sup>25</sup> Frente a lo que podría calificarse como una consideración plana del marxismo, Giddens es consciente que algunas versiones del marxismo pueden ser conciliadas a nivel de la ontología con su teoría de la estructuración. Mención especial merecen los esfuerzos renovadores del marxismo protagonizados por la Escuela de Frankfurt y los historiadores marxistas británicos (En particular Cfr. La aguda polémica Thompson-Althusser, desarrollada por el marxista inglés en su libro. *La Miseria de la Teoría*), encaminados a superar la propensión economicista subyacente al modelo base/superestructura y a recuperar la dialéctica entre sujeto y objeto, reivindicando para ello figuras como Lukács, Gramsci o Sartre.

<sup>26</sup> Una «crítica positiva de las sociologías interpretativas». Giddens aclara que el concepto de «Sociologías Interpretativas» resulta “una designación impropia para las escuelas de pensamiento que aparecen en el primer capítulo, puesto que algunos de los autores cuyas obras se consideran allí se esfuerzan por separar de la ‘sociología’ lo que ellos quieren decir”. Giddens recurre a este término porque “no hay otro fácilmente disponible para reunir un conjunto de escritos que revelan determinadas preocupaciones que son compartidas por la ‘acción significativa’” (Giddens: 1987, p. 10).

mo, no toma en consideración que las normas o reglas sociales pueden ser interpretadas de manera diferencial por los diferentes actores. De tal modo que las sociologías interpretativas dejan planteados serios vacíos en cuanto “el obrar y la caracterización de la acción, la comunicación y el análisis hermenéutico y la explicación de la acción dentro del marco del método sociológico” (Ibid, p. 181).

Asumiendo estas limitaciones de las teorías interpretativas, Giddens se propone demostrar “cómo es posible e importante sostener un principio de relatividad al tiempo que se rechaza el relativismo (...) escapando a la tendencia de algunos de los autores mencionados, si no de todos, a tratar los universos del significado como ‘autosuficientes’ o carentes de mediación. Así como el conocimiento del *self* es adquirido desde la primera experiencia del infante a través del conocimiento de los otros (como lo demostró G. H. Mead), el aprendizaje del juego de lenguaje, la participación en una forma de vida, ocurre en el contexto del aprendizaje acerca de otras formas de vida que son específicamente rechazadas o que se distinguirán de aquella” (Giddens: 1987, p. 20).

## Conceptos fundamentales de la teoría de la estructuración

La vía que propone Anthony Giddens para superar la oposición, que hasta aquí hemos discutido, entre acción/estructura, micro/macro y otros, es través de las nociones de dualidad de la estructura, estructuración y reflexividad de la acción:

### 1) *La Dualidad de la Estructura*

Este concepto supone, en primer lugar, un rechazo a las concepciones «objetivistas» de la estructura, que definen a ésta en términos descriptivos (funcionalismo norteamericano) o en un sentido reduccionista (estructuralismo francés) eliminando conceptualmente el sujeto activo (Ibid, p. 23). Para Giddens la estructura no existe por sí sola en el tiempo y en el espacio —pues no constituye un elemento externo y coercitivo para la acción humana— sino mediante las actividades de los agentes humanos, de modo tal que “las estructuras son internas a la actividad, no operan independientemente de los motivos y las razones que los agentes tienen para hacer lo que hacen; en la medida que no tienen una existencia independiente de la situación en que los agentes actúan, tampoco tienen una existencia continua y tangible, ni actúan sobre las gentes como fuerzas de la naturaleza” (Andrade: 1999, p. 186).

En segundo lugar, el concepto de dualidad de la estructura, sin negar los constreñimientos que existen sobre los agentes, coloca un fuerte acento en la acción y el poder del actor, de tal modo que éstos tienen capacidad de introducir transformaciones en el mundo social. De esta forma, el actor participa activamente en la constitución de la sociedad, se reproduce a sí mismo en la interacción cotidiana y se realiza por la necesidad de comprender y explicar el mundo social (Aronson: 1999, p. 34): «En sus desempeños los actores no se conducen ni optan siempre de la misma forma frente a las circunstancias, pues tienen la capacidad reflexiva sobre la propia conducta, la de otros actores y las circunstancias, esto les

permite resistir, en cierta forma, la presión que sobre ellos impone la sociedad y, en consecuencia, de influir y transformar sus situaciones sociales” (Andrade: 1999, p. 186).

En tercer lugar, la dualidad de la estructura supone considerar que “la constitución de agentes y la de estructuras no son dos conjuntos de fenómenos dados independientemente, no forman un dualismo sino que representan una dualidad. Con arreglo a la noción de la dualidad de estructura, las propiedades estructurales de sistemas sociales son tanto un medio como un resultado de las prácticas que ellos organizan de manera recursiva” (Giddens: 1995, p. 61). Lo cual nos obliga a tomar en consideración tanto los sentimientos y emociones variables de los seres humanos, como las fuerzas exteriores.

Bajo estos presupuestos, Giddens define la estructura como “reglas y recursos que recursivamente intervienen en la reproducción de los sistemas sociales. Una estructura existe sólo como huellas mnémicas, la base orgánica de un entendimiento humano, y actualizada en una acción” (Ibíd, p. 396). En otras palabras, las reglas y los recursos que se aplican a la producción y reproducción de una acción social, son al mismo tiempo, los medios para la reproducción sistémica. He aquí el dualismo de la estructura.

## 2) *La noción de estructuración*

Para comprender cómo concibe Giddens la articulación entre acción y estructura, además de señalar las características de ambos conceptos, es necesario dar cuenta del método que emplea para producirlos y vincularlos lógicamente, esto es, la noción de estructuración, la cual supone “la articulación de relaciones sociales por un tiempo y espacio, en virtud de la dualidad de la estructura” (Ibíd, p. 396), vale decir, la producción y la reproducción de la vida social<sup>27</sup>, que incluye como elementos al actor, la interacción, las reglas y los recursos.

La interacción, en cuanto elemento de la estructura, se entiende como el conjunto de actos reproducidos por los actores en relación con otros actores, constituyendo un entramado de relaciones que dan forma a la sociedad. El formato de estas relaciones sociales delimita un cierto tipo de orden que no es siempre igual a sí mismo, sino que varía al compás de las relaciones entre producción y reproducción social. Interactuar significa producir y reproducir la sociedad, conectando a la estructura con la estructuración (Aronson: 1999, p.

---

<sup>27</sup> La «Producción social» en Giddens tiene que ver “con la forma en que la vida social es producida o creada por la gente que participa en las prácticas sociales. En las prácticas sociales los seres humanos son creadores de significado y de realidad social. El carácter reflexivo y el comprometimiento de los actores hace posible que la acción constituya, sostenga y cambie las formas de vida social, tales como instituciones y estructuras, dado que éstas no tienen una existencia a parte de las actividades que integran”. La «Reproducción Social» “se refiere a la cuestión de cómo la vida social llega a formar patrones y rutinas; cómo es que las formas del orden social ya sea en la forma de armonía y cooperación o de disidencia y conflicto persisten a pesar de las capacidades creativas y transformadoras de los individuos. La perspectiva estructuracionista se interesa por las formas en que las instituciones, las organizaciones y los patrones culturales son reproducidos en el tiempo más allá de la vida de los individuos. La cuestión de la reproducción social o réplica tiene que ver con la manera en que la actividad social provee continuidad y patrones en la vida social” (Andrade: 1999, p. 186).

34). Para la teoría de la estructuración: “la interacción social y las prácticas sociales son realizadas por agentes humanos que son capaces de conocer que se desempeñan diestramente, valiéndose de un conjunto de conocimientos y herramientas o recursos a su disposición, que son empleados regularmente en las rutinas ordinarias y en su trato con otros” (Andrade: 1999, p. 183).

Giddens se refiere a las reglas no como prescripciones formalizadas o codificadas sino, más bien, a los aspectos de la vida rutinaria, que se acompaña de fórmulas —así no estén establecidas como tales— que permiten que la gente actúe, haga cosas, produzca diferencias en el mundo social<sup>28</sup>. Las reglas se utilizan —entre los elementos estructurales— para orientarse en el mundo social; facilitan las prácticas, pero a la vez le imponen restricciones a las relaciones sociales que promueven. Constituyen la cara restrictiva de la acción, en cuanto definen un modo de comportamiento que espera que realicen actores sociales idóneos, es decir, sujetos concedores de la reglamentación que regulan las relaciones sociales (Aronson: 1999, p. 34 y ss.). Las reglas son convenciones sociales y el conocimiento de ellas incluye el de sus reglas de aplicación (similares a las reglas del lenguaje).

Las reglas están asociadas a los recursos, los cuales denotan los modos por los cuales relaciones transformativas se integran, en acto, a la producción y reproducción de prácticas sociales. Los recursos permiten que se efectúen las relaciones sociales, dando lugar a diversas modalidades de interacción. Por constituir medios para la acción, tienen la cualidad de generar relaciones de poder que sustentan la habilidad de las personas para efectuar cambios en sus circunstancias sociales<sup>29</sup>.

Entre las reglas y los recursos existe una relación directa que define al actor, tal como Giddens lo entiende “ya que el conocimiento de las reglas lo convierte en un teórico social, alguien que puede interpretar sus propios actos en términos de esas reglas. Esto le permite dar razones de su propia acción y además, por implicar procedimientos metodológicos, hace del actor un especialista, capaz de utilizarlas en la vida práctica y de interpretarlas en el nivel de la conciencia discursiva. De este modo, las reglas no poseen un carácter fijo o mecánico, sino que se vinculan directamente con la esfera de la estructuración, es decir, con la dinámica de la producción y la reproducción” (Ibíd, p. 35). Esto nos lleva a un tercer concepto: el de reflexividad.

---

<sup>28</sup> Al colocar las reglas entre los elementos estructurales, el autor se vale de conceptos de la etnometodología de Garfinkel y de nociones criticadas de la teoría de juegos.

<sup>29</sup> Giddens clasifica estos recursos en dos tipos: recursos distributivos u objetos materiales que permite a la gente hacer cosas y los recursos autoritativos o hechos no materiales (posiciones) que permiten ejercer mando sobre otros seres humanos. Se trata de recursos que los sujetos han acumulado a lo largo de sus vidas, tanto a través de medios formales como la educación y de medios informales como en la familia y en sus relaciones con sus amigos. Ejemplo de recursos: el conocimiento formal del lenguaje, de los ambientes, del trato con los otros, saber qué hacer en situaciones de riesgo o circunstancias de amenazas.

### 3) *Reflexividad y conciencia*

La reflexividad parte de unas hipótesis generales acerca de los agentes: En primer lugar, los agentes controlan continuamente sus propios pensamientos y actividades, así como sus contextos físicos y sociales; en segundo lugar, los actores tienen la capacidad de racionalización (esto es, el desarrollo de rutinas que les capacitan para manejar eficazmente la vida social); y, en tercer lugar, los actores tienen motivaciones para actuar, y estas motivaciones implican deseos que impulsan la acción (Giddens: 1987, p. 115 y ss.). Pero mientras que la racionalización y la reflexividad están implicadas en la acción, las motivaciones son potenciales para la acción (suelen ser inconscientes). Existe una conciencia discursiva, que implica la capacidad de expresar con palabras las cosas y la conciencia práctica que implica sólo lo que hacen los actores y no entraña su capacidad de expresar lo que hacen con palabras (la cual tiene una mayor importancia en la teoría de la estructuración).

De acuerdo con la teoría de Giddens, el agente humano tiene la capacidad de controlar reflexivamente su comportamiento en curso, pero de ello no se sigue necesariamente que los resultados de sus acciones correspondan linealmente a sus intenciones. La diferencia que existe entre intenciones y acciones, Giddens la explica en términos de «las consecuencias no deseadas de las acciones» y que se integran a éstas como parte de lo que posibilita al mismo tiempo que restringe la acción (Farfán: 1999, p. 44).

## **A modo de conclusión**

Esperamos a lo largo de este rápido recorrido, centrado en las aportaciones de Jeffrey Alexander y Anthony Giddens, haber ilustrado las discusiones en torno al actor y la estructura en la teoría social y más específicamente en la teoría sociológica. No es posible ampliar y desarrollar algunos conceptos que han sido apenas esbozados aquí, ni tampoco encarar las críticas que se le han formulado a uno u otro enfoque desde otras perspectivas igualmente integradoras. Los debates en sociología, son discusiones abiertas, donde ningún autor puede decir que tiene la última palabra, mucho más en lo que respecta a este dilema teórico que hemos abordado a lo largo de estas páginas, y que coincidimos con Margaret Archer “ha llegado a verse justificadamente como la cuestión básica de la teoría social moderna” (Archer: 1999, p. 9).

## **MIGUEL ÁNGEL BELTRÁN VILLEGAS**

Sociólogo

Magíster en Ciencias Sociales, FLACSO-México

Doctor en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México

Profesor Asociado, Universidad Nacional de Colombia.

mabeltranv@unal.edu.co

RECIBIDO ENERO DE 2005, APROBADO FEBRERO DE 2005

## Referencias Bibliográficas

- ALEXANDER, J. (1990) "La Centralidad de los Clásicos" En: Giddens A., Turner J. y otros, *La Teoría Social Hoy*, México: Alianza, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 22-80.
- \_\_\_\_\_ (1982/85) "Theoretical Logic in Sociology" Vol 1: *Positivism, Presuppositions, and Current Controversies*, Berkeley: University of California Press, 1982, p. 234; Vol 2: *The Antinomies of Classical Thought: Marx and Durkheim*, Berkeley: University of California Press, 1982, p. 564; Vol 3: *The Classical Attempt at Theoretical Synthesis: Max Weber*, Berkeley: University of California Press, 1983, p. 240 y Vol 4: *The Modern Reconstruction of Classical Thought: Talcott Parsons*, Berkeley: University of California Press, 1985, p. 530.
- \_\_\_\_\_ (1988) "El nuevo movimiento Teórico" En: *Estudios Sociológicos*, N° 17, México: Colegio de México: pp. 259-307.
- \_\_\_\_\_ y Colomy, P. (1992) "El neofuncionalismo hoy: Reconstruyendo una tradición teórica" En: *Sociológica*, N° 20, México: UAM Azcapotzalco: pp. 195-234.
- \_\_\_\_\_ "Después del neofuncionalismo: Acción, cultura y sociedad" En: Andrade, A. (coord.) *Perspectivas teóricas contemporáneas de las ciencias sociales*, México: UNAM, FCPYS, pp. 317-337.
- \_\_\_\_\_ (1992) *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Gedisa, p. 315.
- ANDRADE, A. (1999) "La fundamentación del núcleo conceptual de la teoría de la estructuración" En: Andrade, A. (coord.) *Perspectivas teóricas contemporáneas de las ciencias sociales*, México: UNAM, FCPYS, pp. 173-193.
- ARCHER, M. (1997) *Cultura y teoría social*, Caracas: Nueva Visión, p. 363.
- ARONSON, P. (1999) "La teoría de la estructuración" En: Aronson, P. y Conrado, H. *La teoría social de Anthony Giddens*, Buenos Aires: Eudeba, Colección Cuadernos de Sociología, Serie Teoría, p. 120.
- COMTE, A. (1979) "Lo objetivo y lo subjetivo. El gran dogma sociológico" En: *La filosofía positiva*, México: Porrúa, pp. 98-99.
- FARFAN, R. (1999) "Ni acción ni sistema: el tercer modelo de acción de Hans Joans" En: *Sociológica*, N° 40, México: UAM Azcapotzalco, mayo-agosto, pp. 35-63.
- GIDDENS, A. Y TURNER, J. Y OTROS (1990) *La teoría social hoy*, 1 ed, tr: Jesús Alborés, México: Alianza y Consejo Nacional para la Cultura y Las Artes, Introducción, pp. 9-21.

GIDDENS, A. (1997) *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*, Barcelona: Paidós, Introducción, p. 11-22.

\_\_\_\_\_ (1998) *Sociología*, Madrid: Alianza, p. 819.

\_\_\_\_\_ (1987) *Las nuevas reglas del Método Sociológico*, 1 ed, tr: Salomón Merener, Buenos Aires: Amorrortu, p. 173.

\_\_\_\_\_ (1995) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, 1 ed. tr: José Luis Etcheverry, Buenos Aires: Amorrortu, p. 412.

SALLES, V. (2001) “El debate micro-macro: Dilemas y contextos” En: *Perfiles Latinoamericanos*, México: FLACSO, junio.

ZABLUDOVSKY, G. (1995) *Sociología y política, el debate clásico y contemporáneo*, México: Porrúa, pp. 279-297.